
Presentación

Abrir los ojos a media mañana y sentir de pronto todo el peso del día que Acomienza. Saber que será un día exactamente igual a los otros: a los que lo precedieron, a los que vendrán; saber sobre todo que nada de lo que se haga podrá alterar el curso habitual de las cosas. Pensar en levantarse, en darse un baño, en vestirse, en salir a la calle rumbo a la oficina, pero sólo pensarlo, sin hacer ningún movimiento en ese o en otro sentido, a no ser revolverse un instante bajo las colchas. Mirar el reloj y decidir una hora para levantarse. Ver pasar esa hora y otra y otra más, difiriendo incesantemente el momento de levantarse. Sorprender de pronto la tarde cayendo sobre la ventana. Encender un cigarrillo y pensar un momento en todo lo que no se hizo —como ayer, como antier— y que tampoco ahora se hará, porque dentro de unas horas volverá a ser de noche. Decirse que mañana será otro día y que sí, quizá mañana... Para Freud, la depresión es una pérdida creciente de interés en el mundo exterior, tanto en las cosas como en las personas, como si repentinamente los afectos se retiraran del mundo y permanecieran en una especie de limbo sin arraigo alguno. La depresión ha sido una de las enfermedades psicológicas más recurrentes de este siglo. No respeta edad, sexo, raza o profesión, aunque, como señala Styron, los artistas parecen ser particularmente vulnerables a ella: Virginia Woolf, Kafka, Pavese, Hemingway, Paul Celan, Yourcenar, Onetti, Beckett, Esenin, Proust, Maiakovski, son sólo algunos nombres de una larga lista que resultaría imposible reproducir aquí completa. Los textos de Styron y Starobinski que publicamos en este número intentan dar cuenta, desde diferentes perspectivas, de los agudos efectos de esa enfermedad a la que la literatura y el arte, sin embargo, deben tanto. ◇